



# Theodor Kallifatides

## El arado y la espada

Traducción del sueco de Carmen Montes Cano  
y Eva Gamundi Alcaide



THEODOR KALLIFATIDES

# El arado y la espada

Traducción de  
Carmen Montes Cano  
y Eva Gamundi Alcaide

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,  
**Premio Todostuslibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,**  
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios  
y Asociaciones de Libreros).

**SWEDISH  
ARTSCOUNCIL**

Esta traducción ha recibido una ayuda del Swedish Arts Council.

Título de la edición original: *Plogen och svärdet*  
Traducción del sueco: Carmen Montes Cano y Eva Gamundi Alcaide

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2024

© Theodor Kallifatides, 1975, 2024  
© de la traducción: Carmen Montes Cano y Eva Gamundi Alcaide, 2024  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: Maria Garcia  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona  
Depósito legal: B 78-2024  
ISBN: 978-84-19738-91-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización  
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear  
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para mis hermanos*

TODO AQUELLO QUE QUEDÓ

## La noche de la liberación

El tío Stelios abre la ventana que da a la calle. En Yalós es de noche y reina el silencio. Un silencio denso, en el que la gente duerme o simplemente cierra los ojos y deja de buscar palabras, puesto que todas las palabras están dichas y todo lo que debía hacerse está hecho.

Es la primera noche de la liberación, una noche de mayo de 1944 y, en lo que respecta a Yalós, la guerra ha terminado. Los nazis se vieron obligados a retirarse no como vencedores, sino como perdedores. Por toda Grecia sopla un viento con el aroma del dulzor de la victoria, y el mundo se ha vuelto de repente más comprensible; un mundo de vencedores y de perdedores.

Pero ya hay gente que recela de la victoria. Ya hay gente que sabe que nadie ha vencido, que todos han perdido y que pronto dará comienzo una nueva guerra.

Pero a esa gente también la envuelve el mismo silencio cansado. Algunos duermen, otros velan. El tío Stelios no puede dormirse, no quiere dormirse. Vela por el día que ha transcurrido. Los mayores siempre han velado por el pasado.

Va y viene por el dormitorio. Se desplaza de una ventana a la otra. La primera vez en cuatro años que no las tienen cerradas a cal y canto.

Las ventanas han vuelto a ser ventanas. Ya no son una mirilla. Las ventanas han vuelto a ser lo que eran desde un principio: ojos. Por ellas se puede mirar hacia dentro, hacia fuera.

El tío Stelios está encantado con sus ventanas. Las reconoce, y una ternura asombrosa se apodera de su corazón. Va de

una a otra y las acaricia despacio, sus manos viejísimas están ásperas después de cuatro años de trabajos forzados en aquel aeropuerto sin sentido, pero la madera es más áspera todavía y, aun así, cede.

El viejo es demasiado viejo para dejarse engañar por la complacencia de las cosas. Se da cuenta de que los listones se están pudriendo y decide que mañana mismo emprenderá los trabajos de reparación.

Pero mañana mismo puede ser demasiado tarde. Esa es la trampa secreta de la vejez. Cuanto menos nos dejamos engañar, tanto más a menudo comprobamos que es demasiado tarde.

La casa ha envejecido, y el tío Stelios también. Pero la casa recuperó los ojos cuando las ventanas volvieron a ser ventanas, mientras que el tío Stelios está perdiendo la vista.

Últimamente está cubriendo sus ojos azules una película gris. Al principio pensó que sería algo pasajero y se los frotaba con todo el dorso de la mano como un niño pequeño.

Pero la película no se iba. Se quedó entre él y las cosas, entre él y los demás, como un muro, hasta que se convirtió en el centro indiscutible y fallido de la existencia.

El anciano va y viene por su dormitorio y, sin saberlo, se prepara para una vida en la oscuridad que se avecina. Da pasos regulares y vacilantes; extiende hacia delante el brazo derecho de un modo inconsciente pero tenaz, como los cuernos con ojos de un caracol. En algún punto de su interior la ceguera ya ha arraigado, igual que la muerte.

Pero el tío Stelios no piensa rendirse, piensa resistir, no piensa ceder hasta que no tenga una historia graciosa que contar sobre su propia muerte. Aunque tal vez sea demasiado tarde para eso también. No porque se hayan acabado las historias graciosas, sino porque el tío Stelios ya no tiene ganas de inventárselas.

La película gris que le cubre los ojos es un impedimento, el mundo está apagado y distante, y el mundo no es divertido si

no es nítido y tangible. El mundo se ha distanciado del tío Stelios por medio de una fina mucosa gris.

Va a la cocina a lavarse la cara y a beberse un vaso de agua. Pero, cuando se encuentra ante el fregadero y mira inseguro hacia el pueblo por la ventanita de la cocina, se ríe para sus adentros y llena un cubo enorme con agua fría, que se echa por encima con gritos de regocijo.

–Que la muerte me lama el culo –dice son una sonrisa socarrona, y se da unas palmadas en las nalgas que tantas sillas de cafés han desgastado a lo largo de toda su vida.

–Un trasero de oro –dice animándose a sí mismo, y piensa en los millones de dracmas que, después de la inflación, hicieron las veces de papel higiénico.

Luego vuelve a llenar el cubo y entra en la habitación contigua, donde suele dormir su nieto, Minos. Pero Minos no está en la cama.

El tío Stelios se queda empapado delante de la cama con el cubo lleno de agua en las manos mientras el desasosiego se apodera de él. Su repentina alegría desmedida se aplaca de golpe.

Por lo que a él se refiere, esa noche tan feliz ha terminado. En Yalós ya no hay nada duradero; ni la alegría ni la pena ni el silencio. Lo único que dura es Yalós mismo, y el mito de Yalós.

La guerra ha terminado, pero la familia del anciano sigue dispersa por los cuatro puntos cardinales. Su yerno, el maestro, continúa en la cárcel. Los presos de los alemanes son hoy por hoy los presos de los griegos. Los alemanes les entregaron las cárceles a los traidores griegos, los batallones de seguridad, que eran más temidos que los propios alemanes. El nazismo seguía vivo. Grecia era una tierra fértil para la semilla de Hitler.

De modo que el maestro continúa en la cárcel. Antonia, la mujer del maestro, hija del tío Stelios, tampoco está. Se ha mudado con un familiar a Esparta, cerca de la cárcel para poder visitar al maestro las pocas veces que le dan permiso.

Los presos necesitan toda la ayuda que se les pueda dar. Necesitan ropa, comida, medicamentos, pero, sobre todo, ne-

cesitan saber que sus mujeres y sus hijos los esperan, los echan de menos y desean que vuelvan.

Antonia, que aún es joven y guapa, se disfraza hasta hacerse irreconocible. Se pone los trapos más andrajosos que encuentra, cambia su forma de andar y nadie presta atención a la mujer en la que se convierte. Ni vieja ni joven, ni guapa ni fea. Una mujer que no es nadie, como el viejo y astuto Ulises cuando engañó a Polifemo, el gigante de un solo ojo.

Los yalitas han tenido que engañar a Polifemo muchas veces. Y muchas veces se han visto obligados a convertirse en nadie y en nada para sobrevivir. Ha habido épocas y años en los que sólo la vegetación sobrevivía a la maldad y a la venganza de los seres humanos. Ha habido épocas y años en los que los seres humanos tenían que transformarse en vegetación para ver la luz del sol un día más.

El tío Stelios piensa en sus hijos y en sus nietos. La tormenta los ha dispersado. Aunque se cuenten entre los que han tenido suerte, puesto que aún no ha muerto nadie de la familia, aún no han asesinado a nadie.

Pero en Yalós hay muchas familias donde no queda ni un solo hombre con vida. Hay casas donde los espejos están cubiertos con telas negras, donde las mujeres solitarias persisten con su dolor en habitaciones silenciosas y camas vacías y luchan por estrangular los gritos que se les agolpan en el pecho y quieren salir, llegar a Yalós y a la gente.

Pero los demás o están asustados o se han ahogado en sus propias penas. Muchos en Yalós han enmudecido después de cuatro años de ocupación alemana.

Los yalitas son muy celosos de su dignidad. El llanto y las lamentaciones tienen su momento. El silencio tiene el suyo. El del silencio es el que más dura. Pero el tío Stelios no se desespera. Sabe que el silencio acabará por romperse.

Allí delante de sus ventanas, que vuelven a ser ventanas, siente una confianza profunda, casi dolorosa e inevitable. ¡Todo va a cambiar a mejor!

El maestro volverá, la hija volverá. Los dos nietos que llevan dos años desaparecidos también volverán. Y se sentarán todos juntos a una mesa larga, el tío Stelios y su mujer Maria la Santa, y toda la vida que ellos dos han traído al mundo se sentará a su alrededor.

El tío Stelios piensa en los años pasados. Piensa en todas las personas que vinieron y se fueron del pueblo; alemanes e italianos, gente de ciudades y pueblos, jóvenes y ancianos, mujeres y niños.

Yalós era un pueblo rico. Si había algún lugar donde quedaba un pedazo de pan, era Yalós. Aun así, pasaron hambre. Aunque nadie murió de inanición como en las grandes ciudades.

Los olivos daban su fruto sagrado, los almendros daban almendras y con las bellotas hacían café. Siempre tenían algo con lo que calmar el estómago, y cuando ya no quedaba nada, tenían el vino, el vino claro y aromático que aliviaba los sentidos de tal modo que incluso Josef el Perro, el cabo alemán, llegaba a comportarse como una persona.

Pero aquello no ocurría a menudo. Josef el Perro había convertido en el objetivo de su vida subyugar a los yalitas. Nunca los subyugó. Con su aeropuerto sucedió lo mismo que con el resto de los monumentos de Yalós; nunca llegaron a terminarlo, y el aeropuerto, al contrario que la iglesia a medio construir, nunca podrían inaugurarlos como ruinas.

Los yalitas eran vanidosos, pero no levantaban monumentos por vanidad, puesto que habían aprendido que los monumentos acaban derribados algún día. Habían aprendido que el único monumento conmemorativo que perdura son los huesos de los antepasados, y esos se hunden en las profundidades de la tierra, donde no llegan ni los perros ni los humanos.

Eso no lo sabía Josef el Perro. Quería construir su aeropuerto cuanto antes. El tío Stelios estuvo trabajando allí durante cuatro años. En ocasiones llegó a haber hasta cincuenta trabajadores. Pero debe de haber sido una de las pocas veces en la

historia de la humanidad en la que cincuenta hombres acostumbrados a desbrozar y a cavar lograran tan poco.

En cuatro años de trabajos forzados, les dio tiempo de preparar un caminito en el que no podía aterrizar ni una hormiga. Josef el Perro ladraba y ladraba, pero de nada servía.

Los trabajadores forzosos habían desarrollado una serie de métodos de ralentización sencillos, pero bastante eficaces; no paraban de escaparse al bosque, se desmayaban o sencillamente uno cavaba lo que otro hubiera cubierto.

El tío Stelios tenía un pasado particular con Josef el Perro por la cancioncilla difamatoria que se inventó sobre él. Además, el tío Stelios era el único que sabía un poco de alemán y con el tiempo ascendió a intérprete.

Fueron cuatro años estúpidos, crueles y sin sentido. El tío Stelios se pasaba todo el día gritando órdenes, los demás trabajadores forzosos no se lo tomaban en serio ni a él ni a Josef, sobre todo porque las palabras de Josef se traducían con mucha frivolidad y se comentaban con más frivolidad aún.

Fueron cuatro años estúpidos, crueles y sin sentido, pero ya habían quedado atrás. Ahora había que volver a empezar, ahora eran libres. Los alemanes y Josef habían abandonado el pueblo. Ahora Yalós se levantaría de nuevo. ¿O no se levantaría?

El anciano está preocupado y, como siempre que está preocupado, se dirige a la otra habitación para hablar con su mujer, pero Maria la Santa está durmiendo. Duerme como una niña pequeña con la cabeza bajo la almohada. Lo único que se ve es el cabello blanco, que se suelta para dormir.

El tío Stelios se queda indeciso delante de la cama. No quiere despertarla. Maria la Santa está cansada, muy cansada. También ella ha tenido que sufrir mucho, también ella ha envejecido.

Fue Maria la Santa la que, al cabo de unos cuantos días y noches de caminata, encontró al maestro en la cárcel de Esparta. Fue ella la que tuvo que cuidar de Rebeca, la niña ju-

día, cuyos padres hubieron de huir a la montaña cuando llegaron los alemanes.

Fue Maria la Santa la que tuvo que reunir y repartir las aceitunas y el aceite de oliva y el pan hecho de maíz. Fue ella la que se preocupó de velar por todos cuando estuvieron enfermos, pese a que ella misma siempre había estado enferma, le dolía el pecho y le temblaban las manos. Pero sus grandes ojos castaños seguían brillando, y su cuerpo anciano siempre se levantaba para los quehaceres diarios.

Rebeca, sí. La pobre niña que vio tanto a su hermano como a su hermana yaciendo muertos, que tuvo que soportar acosos y padecimientos.

Pero también esos padecimientos habían quedado atrás. La niña estaba más guapa cada día, su tez pálida emitía un brillo cada vez mayor y con sus pasos silenciosos colmaba de paz cualquier hogar.

¡Ojalá que ella y Minos pudieran casarse y vivir juntos! ¡Ojalá que tuvieran muchos hijos, hijos de color moreno claro como ellos dos juntos! ¡Ojalá que todo saliera como estaba pensado!

El tío Stelios se pone a rogar. El ateo empedernido se pillá in fraganti, como diría el jefe de la gendarmería. El tío Stelios ruega, pero no a Dios, por supuesto, aunque sea a Dios al que le habla.

Le ruega a la gente, les suplica desde lo más hondo de todos sus recuerdos felices. Pues el tío Stelios sabe que la gente puede llegar a ser feliz. En tiempos de desdicha, es un gran consuelo.

Sabe que las personas pueden hacerse felices mutuamente. Piensa en su madre; ya está muerta y enterrada, pero ella le dio la vida y también felicidad.

Abandonó un hogar próspero en Egipto para mudarse allí, a Yalós. Sólo pensaba en salvar a su hijo de la epidemia que estaba asolando aquel país y que ya le había costado la vida a su marido.

Llegó aquí, y nadie sabía por qué eligió Yalós de entre todos los lugares posibles. Dinero tenía, y podría haberse vuelto a casar y vivir en Atenas o en cualquier otra gran ciudad. Pero para ella la gran ciudad era lo mismo que la epidemia.

Cuidó del hijo como de una piedra preciosa y él se hizo un hombre, se casó y le trajo nietos y bisnietos, que ella perseguía con un bastón larguísimo como si fueran gallinas, sobre todo a Minos, que siempre robaba sal y la iba esparciendo por ahí, porque creía que la sal crecía de la tierra y le gustaba la idea de ver crecer un árbol de sal.

Pero ella los quería y, cuando se encontraba a las puertas de la muerte, todos se reunieron a su alrededor. Yacía inmóvil con una sonrisa tensa en los labios blancos, mientras les daba las últimas órdenes.

–¡Quereos hasta que los vientos del mundo se detengan!  
¡Quereos hasta que se sequen las aguas del mar! Y más aún,  
¡hasta el último día de vuestras vidas!

Y cerró los ojos y aquella sonrisa tensa se quedó rígida y el tío Stelios se arrojó a sus pies, los besó, los besó hasta que empezaron a sangrarle los labios.

Pronto le llegaría el turno a él. Pero ¿quién se reuniría en torno a su lecho de muerte? La familia era una sombra de lo que fue.

–Ahora sólo cabe esperar –masculló para sus adentros–. Ahora no es momento para la muerte. ¡Ahora vamos a volver a empezar!

El anciano regresa al cuarto de los niños, se quita la ropa mojada y se echa en la cama del nieto. Como es normal, Minos ha salido con los otros muchachos.

Hoy en día los niños viven su propia vida. Los padres de muchos de ellos han fallecido, otros siguen en la cárcel y en campos de concentración. Hay muchos padres en las montañas y otros muchos que están luchando contra ellos.

¿Qué será de esos niños? ¿Quién les va a enseñar a vencer con humildad y quién les va a enseñar a perder con serenidad?

El tío Stelios está preocupado; Minos, aquel niño dulce, se está distanciando de él. Se va a encontrar solo, muy solo. Y cuando piensa en la soledad le entra sueño, le pesan los párpados, susurra «El establecimiento está cerrado» y se duerme con un estrépito dentro de la cabeza, como cuando se echan las persianas metálicas de los comercios por las tardes.

Cuatro años después, el tío Stelios duerme con las ventanas abiertas. La noche entra en la casa y se apodera de ella. Los muebles crecen y se deslizan de aquí para allá, los adultos vagan en sueños por lugares conocidos y desconocidos, una humareda azul imaginaria de sueños flota sobre el pueblo como la mano de un dios, y sólo los niños permanecen en vela.